

VII

YO ME ENAMORÉ DEL AIRE

El avión taladraba los aires volando sobre una nube, que parecía un cercanísimo colchón de algodón en rama. Arriba, el cielo excesivamente azul de Córdoba.

—Te amo —dijo Edmundo a la mujer sentada a su lado.

—Esa palabra no existe en mi vocabulario —hizo ella débilmente.

—Te amo, Dulcinea, en mi vocabulario tiene un sentido que nunca tuvo en el mundo. Eres mi Dios.

—Desdichado. Yo soy una muerta.

—Quiero morir entonces.

—Yo soy un alma del purgatorio: no soy un ser viviente, no soy de este mundo.

—¿Quién eres?

—Soy la mísera reina Dulcinea Argentina, que se debe a sus súbditos: los miserables de la Argentina.

—¿Los cristóbales?

—Los cristEROS... y los otros. Todo el país. No puedo ser tuya. No lo seré nunca.

—Lo serás. Si no me amaras, no estarías empeñada en salvar mi alma. Tú me has salvado del aburrimiento y la desesperación... del suicidio. Mi vida es tuya.

—Salvaré tu alma por el dolor, emplearé tu vida en mi causa, que es la causa de Dios, ése será tu suicidio.

—¡Dios! Ya sabes que no creo en Dios.

—Crearás si trabajas por Él.

—Yo no puedo amar ni servir lo que no se ve, Dulce. Estoy hecho de este modo. Es inútil. Jamás creeré.

El piloto del avión volvió la cabeza hacia los dos pasajeros, y apareció el rostro tuerto con las guedejas rojas del Bufón del Reino.

—Hay muchos modos de creer —dijo con su extraña voz metálica—. Edmundo, no estás lejos del Reino de Dios.

—Los tres estamos ahora bastante cerca... si se llega a averiar el avión... con la velocidad que vamos.

—Ni me nuembres ese bicho... que ya me mordió una vez. Dios me salvó, aunque dejé un ojo y media pata. Pero en fin, todo ha sido para bien. El ser tuerto me ha servido, el ser rengu me ha servido, el pilotar avión me ha servido y el ser volatinero como Don Bosco me ha servido, quién lo iba a decir, para ser cura... y hasta buen cura, con perdón de mi condiscípulo Panchampla.

—Bastante cerca estuvo usted antiantiyer del Reino de los Cielos cuando saltó con su compañero anestesiado del coche en ignición. Se salvó yo no sé cómo. Y suerte que estaba allí el cadáver del tipo ese que murió del corazón en un asiento... y que nos costó tanto vestir con el mameluco y los zapatones de usted... Por Dulcinea he traicionado a mi oficio, y a la famosa "Camaradería Federal".

—Yo siempre caigo parao —dijo el Cura—. Tengo suerte —añadió ingenuamente—. Creí morir... y gané dos aliados de dos enemigos. ¡Y qué aliados!

—Conmigo no se haga ilusiones... ¿Y dónde está el Negro?

—Ya lo verás. Lo expedí a San Juan.

—Yo creía que era usted el que me ocultaba a Dulcinea. Por éso lo odiaba.

—Dulcinea se oculta sola. Ella es...

—Pssstt —ordenó la muchacha—. Eso debe permanecer secreto. Los dos no somos más que los jefes del movimiento... dos sombras... dos muertos... dos "outlaws" condenados a muerte, con la cabeza puesta a precio. . .

—No tanto —dijo el Cura—. Yo soy el capellán de los condenados a muerte, y tú eres la bandera.

—Yo andaba en pos de usted —explicó el policía—, más por celos que por ganar los 100 trúmanes oro; y usted me engañaba famosamente. ¿Cómo iba a imaginar yo que el Bufón del Irreprochable... ?

El piloto se echó a reír, halagado.

—Me basta sacarme el ojo de cristal y el soporte de mi tibia derecha para ser otro hombre, incluso en la psicología; y más con este peluquín pelirrojo. El payaso que llevo dentro sale fuera. ¿Y qué mejor escondite que a la sombra de quien nos persigue? ¿Qué mejor oculta una liebre que disfrazada de lebre! Dulcita inventó el ardid, ella entró en la Casa Rosada antes que yo...

—Temeridad. Usted no debió consentirlo. Con su hermosura...

—Con raparse el pelo y deformarse la quijada, su hermosura... He aquí lo que te vuelve loco, Edmundo. La hermosura es apariencia. Yo me enamoré del aire, Del aire de una mujer. Como la mujer es aire, En el aire me quedé...

—Usted se quedará en el aire si sigue manejando así... Es la cosa más sólida que existe, todo lo demás es apariencia. Usted diría que la Novena Sinfonía de Beethoven es aire.

—El amor es ciego —dijo el Cura—. Mujeres quiere decir lío, Quiere decir lío no leve, Y enredos y cuentos del tío, Lo menos de diez veces, nueve.

La joven rompió a llorar inesperadamente.

—Mi hermosura no es ni siquiera apariencia, es una desgracia —dijo entre sollozos—, un horror, una maldición. ¡Maldita sea la hermosura de la mujer!

Lloraba con las manos en el rostro sacudiendo el cuerpo con esa extraña violencia con que lloran los niños. El alma parecía que se le iba con los sollozos. El piloto sin soltar el volante ni volver la cabeza puso atrás el brazo derecho y buscó la cabeza de la niña.

—Te he hecho mal sin querer. Paciencia, hermanita —le dijo—, todo ha sido para bien. No recuerdes más.

Los sollozos redoblaron como un atoro, como una tos convulsa. Edmundo estaba aterrado.

—¡Laurita, Graciélita, Gracita con c! ¡Reina! No se puede llorar con el trabajo que tenemos nosotros. Todavía un poquito y después descansaremos. El que ha de venir vendrá y no tardará. Estamos defendiendo millares de hogares como el que fue nuestro. Estamos defendiendo las ruinas y la posibilidad de una gran nación; y eso es defender nuestra fe y nuestra salvación. Defendemos a Dios. ¡Si nosotros lo hubiésemos elegido! Dios nos eligió a nosotros, no muy suavemente por cierto, no nos metimos nosotros.

—Dios. . . parece. . . ausente. . . de este mundo.

—Lo está, en efecto. Nosotros somos los sustentadores de su ausencia, los testigos de los últimos días, los responsables de su existencia hasta que venga.

—Tú me inventaste esta "misión" —dijo ella—. Yo no comprendo nada. Mi corazón está lleno de furia y desesperación hasta los bordes. Me parece que es la venganza lo que nos mueve... Lo que nos pasó...

—No, Gracita con c. Es una misión de Dios, como esas misiones entre salvajes. ¿Para qué podía Dios habernos destrozado como lo hizo, sino es para prepararnos? De otro modo, nada se puede comprender, y Dios no existe. Acuérdate del sacrificio de Abraham.

—Algunos momentos me parece que Dios no existe...

~~—Y sufres tremendamente.~~

—Sí.

—Porque crees en él tremendamente, hermanita... Besa tu *Lignum Crucis*, Gracita. Sin dejar de llorar, la joven sacó un rico relicario de oro de entre su pañoleta y lo llevó a los labios.

—... El cual murió por nosotros —dijo el Cura—. Atención. Tenemos baile. No se asusten. ¿Ves, Nenucha, lo que nos has traído con llorar? Mala suerte. ¡Los antiaéreos!

Una explosión apagada había sonado a la izquierda. Antes de disiparse la nubecita, se abrió otra a su lado como una flor sulfúrea, y sonaron una, dos, tres el triple petardo de la señal que en el código significa: "control inspección aérea, a tierra inmediatamente."

—Esperáte sentao —dijo el piloto, poniendo la avioneta en rampa—; ¡No siendo hoy! Gracita, no te distraigas. ¡No me van a matar todavía, cobardes!

—¡Por qué Dios me tuvo que elegir a mí! ¡Soy la más desdichada de las mujeres! ¡Ojalá que muramos todos! ¡Qué dicha si morimos todos! ¡Mi vida es un infierno! ¡No se puede más!

—Sujétala, Edmundo —dijo el Cura—. Sujeta la correa del lúpingue. Voy a hacer acrobacia. Ya están tirando con granadas. Cuidado, ¿listos?, que doy la vuelta. Se te van a pasar las ganas de llorar y también de morir, nenucha. ¡Sostenerse! —gritó.

El avión se enderezó como un delfín, se puso cabeza abajo y dio la vuelta. Los tres sintieron frío en los huesos y la náusea horrible del vértigo, y después fueron arrojados a este lado y al otro por un rápido movimiento de tirabuzón. Se oían explosiones todos lados, y a veces el zumbar de las esquirlas.

—Espléndido remedio para las lagrimitas —comentó el piloto, lo oyeron como allá lejos—. No hay cosa como el peligro pa refrescar un mamao. Las lágrimas te emborrachan, hermanita. Edmundo tiene la culpa, tu corazoncito no hay que tocarlo, hay que dejarlo en paz. Todo ha sido para bien, Dios ha sacado bien e todo, incluso del infierno y del crimen... Lo que has perdido no lo has perdido por Dios? Si no hubiésemos sido fieles, ¿no

nos hubiera pasado nada? ¡Acuérdate de Santa Águeda, hermanita, a quien apareció en la cárcel el apóstol Pedro! Y tú me has metido en este ajo, que yo bien inocente venía de Roma. Por salvarte a tí... No se saquen los cinturones; pero ya estamos fuera de tiro... ¡Reina fingida, muy pronto serás reina de veras! Edmundo, me da por hablar mucho cuando estoy excitado, pero si no me escuchan, no me importa. Predicar a enamorados, sermón perdido. Si Dios quiere que pasemos el purgatorio en esta vida ¿qué?... Dios te ha llamado a la santidad de una manera más dura que a Job...

—¡La santidad! ¡La venganza! —respondió ella—. Vengarme de esos miserables. . .

—Venganza si quieres, instrumentito de Dios. ¡Levántate, reina! ¡Levántate, amazona! Aguanta un poco todavía, que hay otras que sufren más que vos, aunque parezca mentira. ¿Te gustaría estar en los campos de concentración de Tierral Fuego? Sufrir en una época como la nuestra es hasta una especie de alivio, como rascarse la sarna. Renunciad al derecho a ser felices, dijo no me acuerdo si fue Damonte, Panchampla o Guioldo. Si te hubiese ido bien en esta vida, Gracita, a estas horas serías una gallinita clueca con seis o siete criaturitas haciendo deportes de invierno o sudando en verano en la estación San Cayo del Neuquén... ¡Y ahora eres la reina Dulcinea Argentina, temida en todo el país del Plata! Obedecida hasta la adoración por la flor de la juventud de este país, hasta dar la vida... ¿No es verdad, Edmundo Florio?

—Todavía no me han hecho un cristóbal, ni es Usté el que va a hacer éso —dijo Edmundo—. Pero con tal que se calle un momento...

—¡Pretencioso! Tienes el privilegio de ver de cerca a Dulcinea, a quien nadie ve sino en su solio y de lejos, estás al lado de la mujer fantasma, y todavía te andás quejando. Por verla de lejos han muerto muchos, y tú tienes tu brazo en su cintura... y no es fantasma. Nenucha, y todavía dices que tu hermosura no sirve. Tu hermosura, que para tí fue una fatalidad ¡*transeat!* se ha convertido en el cebo de Dios para inspirar el heroísmo a muchos. ¡Y no digas que yo inventé éso, porque tú empezaste por ganar al capitán Uriarte!... Tu hermosura que es una apariencia, porque si yo no te maquillara... ¡Y pensar que Mundo sabe que sos una pelona, y que es filfa la inmensa cabellera rubia con que se te ve en el solio... con que te vio por vez primera! He aquí el engaño del amor... como decimos los curas.

—Todo es engaño menos el amor —dijo el mozo.

—No, Gracita con c. Es una misión de Dios, como esas misiones entre salvajes. ¿Para qué podía Dios habernos destrozado como lo hizo, sino es para prepararnos? De otro modo, nada se puede comprender, y Dios no existe. Acuérdate del sacrificio de Abraham.

—Algunos momentos me parece que Dios no existe...

~~—Y sufres tremendamente~~

—Sí.

—Porque crees en él tremendamente, hermanita... Besa tu *Lignum Crucis*, Gracita. Sin dejar de llorar, la joven sacó un rico relicario de oro de entre su pañoleta y lo llevó a los labios.

—... El cual murió por nosotros —dijo el Cura—. Atención. Tenemos baile. No se asusten. ¿Ves, Nenucha, lo que nos has traído con llorar? Mala suerte. ¡Los antiaéreos!

Una explosión apagada había sonado a la izquierda. Antes de disiparse la nubecita, se abrió otra a su lado como una flor sulfúrea, y sonaron una, dos, tres el triple petardo de la señal que en el código significa: "control inspección aérea, a tierra inmediatamente."

—Esperáte sentao —dijo el piloto, poniendo la avioneta en rampa—; ¡No siendo hoy! Gracita, no te distraigas. ¡No me van a matar todavía, cobardes!

—¡Por qué Dios me tuvo que elegir a mí! ¡Soy la más desdichada de las mujeres! ¡Ojalá que muramos todos! ¡Qué dicha si morimos todos! ¡Mi vida es un infierno! ¡No se puede más!

—Sujétala, Edmundo —dijo el Cura—. Sujeta la correa del lúpingue. Voy a hacer acrobacia. Ya están tirando con granadas. Cuidado, ¿listos?, que doy la vuelta. Se te van a pasar las ganas de llorar y también de morir, nenucha. ¡Sostenerse! —gritó.

El avión se enderezó como un delfín, se puso cabeza abajo y dio la vuelta. Los tres sintieron frío en los huesos y la náusea horrible del vértigo, y después fueron arrojados a este lado y al otro por un rápido movimiento de tirabuzón. Se oían explosiones a todos lados, y a veces el zumbar de las esquiras.

—Espléndido remedio para las lagrimitas —comentó el piloto, y lo oyeron como allá lejos—. No hay cosa como el peligro pa refrescar un mamao. Las lágrimas te emborrachan, hermanita. Edmundo tiene la culpa, tu corazoncito no hay que tocarlo, hay que dejarlo en paz. Todo ha sido para bien, Dios ha sacado bien de todo, incluso del infierno y del crimen... Lo que has perdido ¿no lo has perdido por Dios? Si no hubiésemos sido fieles, ¿no

nos hubiera pasado nada? ¡Acuérdate de Santa Águeda, hermanita, a quien apareció en la cárcel el apóstol Pedro! Y tú me has metido en este ajo, que yo bien inocente venía de Roma. Por salvarte a tí... No se saquen los cinturones; pero ya estamos fuera de tiro... ¡Reina fingida, muy pronto serás reina de veras! Edmundo, me da por hablar mucho cuando estoy excitado, pero si no me escuchan, no me importa. Predicar a enamorados, sermón perdido. Si Dios quiere que pasemos el purgatorio en esta vida ¿qué?... Dios te ha llamado a la santidad de una manera más dura que a Job...

—¡La santidad! ¡La venganza! —respondió ella—. Vengarme de esos miserables. . .

—Venganza si quieres, instrumentito de Dios. ¡Levántate, reina! ¡Levántate, amazona! Aguanta un poco todavía, que hay otras que sufren más que vos, aunque parezca mentira. ¿Te gustaría estar en los campos de concentración de Tierral Fuego? Sufrir en una época como la nuestra es hasta una especie de alivio, como rascarse la sarna. Renunciad al derecho a ser felices, dijo no me acuerdo si fue Damonte, Panchampla o Guioldo. Si te hubiese ido bien en esta vida, Gracita, a estas horas serías una gallinita clueca con seis o siete criaturitas haciendo deportes de invierno o sudando en verano en la estación San Cayo del Neuquén... ¡Y ahora eres la reina Dulcinea Argentina, temida en todo el país del Plata! Obedecida hasta la adoración por la flor de la juventud de este país, hasta dar la vida... ¿No es verdad, Edmundo Florio?

—Todavía no me han hecho un cristóbal, ni es Usté el que va a hacer éso —dijo Edmundo—. Pero con tal que se calle un momento...

—¡Pretencioso! Tienes el privilegio de ver de cerca a Dulcinea, a quien nadie ve sino en su solio y de lejos, estás al lado de la mujer fantasma, y todavía te andás quejando. Por verla de lejos han muerto muchos, y tú tienes tu brazo en su cintura... y no es fantasma. Nenucha, y todavía dices que tu hermosura no sirve. Tu hermosura, que para tí fue una fatalidad ¡*transeat!* se ha convertido en el cebo de Dios para inspirar el heroísmo a muchos. ¡Y no digas que yo inventé éso, porque tú empezaste por ganar al capitán Uriarte!... Tu hermosura que es una apariencia, porque si yo no te maquillara... ¡Y pensar que Mundo sabe que sos una pelona, y que es filfa la inmensa cabellera rubia con que se te ve en el solio... con que te vio por vez primera! He aquí el engaño del amor... como decimos los curas.

—Todo es engaño menos el amor —dijo el mozo.

—Basta de sentimentalismos. Agarrarse otra vez que vamos a bailar de nuevo. Allá están los segundos controles... y yo quiero asistir a la reunión de esta noche. ¡Hurr! Voy a hacer la maniobra que hice cuando me caí sobre el cerro Guallén. ¡Áura!

Edmundo cerró los ojos. El avión empezó a subir y al mismo tiempo a bellaquear espantosamente. Edmundo se sentía mareado y horripilado. Juró que no iba a subir más en un avión. Parecía que se le paraba el corazón y que iba a perder los sentidos. Tenía un dolor fuerte en la garganta, como si una mano lo estrangulara: ¡Basta por favor! ¿Cuántas horas hace que estamos en este potro?

—¡Otra nube! —oyó como entre sueños que decía el Cura—. Estamos salvados. ¡Qué disparada, mil por hora! Debemos andar por la Cordillera de los Andes. Relente, caballito. Un poco menos, que te cruje el costillar, yegüita. Al trotecito, avioneta. ¡Avioneta linda! ¡Que me alcancen los federales con sus matungos! "*Si perséquerint vos in una civitate, fúgite in aliam*"¹! Dentro de media hora estaremos en San Juan la Vieja. Gracita, ¿cómo anda ese corazoncito?

—Mareada —dijo ella—. ¿Y vos?

—Yo siempre como una flor.

—Mentiroso. Sufres más que yo y nunca te quejas.

—Todos somos enfermos, hija. La vida del cristiano es una enfermedad. Lo peor de todo es la soledad, "no tener ante quien llorar". . .

—Deberíamos vivir juntos, Lucho.

—En la otra vida, querida.

—Tan largo me lo fiáis...

—No tan largo, Gracita —suspiró—. Tú eres la

"Melancólica imagen de la patria"

como dijo no sé quién, quizá el mismo Panchampla; y yo, el "*manager*", debo permanecer oculto.

—La empresa de ustedes es tremenda; y perdóneme si le digo que me parece insensata —intervino Edmundo.

—Es insensata —respondió el Cura—. El que quiera "vivir su vida" la perderá, y el que la pierda por mí la hallará...

—Así decía mi tío Battista, que era evangelista; y lo que es él la perdió de la manera más idiota, por una equivocación...

1. Si os persiguen en una ciudad, huid a otra (Mateo 10, 23).

—Edmundo, sujétate que voy a “picar”; déjate ahora de “evangelismos”. Hay que ser judío puro o cristiano puro: no me gustan las cosas mezcladas. El que es protestante, el que es liberal y el que es neocatólico, es una cosa mezclada.

—A mí no me venga con ésas. Yo no soy nada de eso.

—Antes había el trigo y la cizaña y era ya difícil el discernir —prosiguió el otro—. Ahora hay el trigo, el casi trigo, el bastante trigo, la media cizaña, la casi toda cizaña y la cizaña. Es imposible. Bueno, ¿a mí qué me importa? Ya estamos.

El avión salió de la nube y comenzó a descender pronunciadamente. El Cura acariciaba la caja de dirección como se acaricia el cuello de un caballo. Edmundo sentía vértigo. Allá abajo, entre una neblinita azul se veía la tierra lejísimos, la mancha marrón de unos cerros, el borrón verde de un bosque, un río como un alambre de plata...

—Mé desviao adrede pa despistar —prosiguió charlando el piloto—. Estamos en la Precordillera, a la altura de Mendoza, probablemente. No nos conviene llegar a San Juan sino de noche... por las dudas. ¡No quiero pisar más asfalto, quiero pisar la tierra! La tierra de Dios, el polvo, el barro, la piedra dura, el agua de las acequias, las espinas, la arena.

—Yo quiero morir —dijo otra vez la huayna que se había vuelto como una nena, la harpía que ayer no más estaba enteramente feroz y tiesa, la Zorra.

—Todos moriremos pronto, hasta demasiado, hermanita, paciencia. Primero tenemos que oír lo que dice ese jesuita, y lo que dicen los jefes de la rebelión de Cristo, cristóbales por mal nombre. Se trata solamente de morir matando, como si dijéramos, en el fondo estamos todos muertos. Se trata de hacer útil nuestra muerte segunda, de volverla un testimonio de la Verdad, “*debitura martirii fides*”². Mira

2. “La fe es deudora del martirio.” “¿Qué triunfo es el que Cristo promete a los Apóstoles? Si los Apóstoles después de la Ascensión van a sufrir trabajos de cuerpo y alma toda la vida; van a ser perseguidos, encarcelados y martirizados? Bien, pero por ellos la Iglesia se va a implantar, va a crecer, va a perdurar; y eso es el principio o barrunto del ‘gozo que nadie os podrá quitar’, el gozo mismo está en la otra vida. Aprendamos la lección; ése es el triunfo del cristiano, triunfo a través del fracaso personal. Cualquier buen cristiano tiene algo de mártir.” (*Domingueras Prédicas*, Domingo Cuarto de Pascua)

a Mendoza, hija, allá abajo: es una urbe hermosísima., y fiel. Ya estamos en nuestros reinos. ¡Si supieran que encima de la ciudad, en el verdoso crepúsculo andino, navega invisible la sin par Dulcinea... nos tirarían con flores en vez de bombas.

La otra no hacía más que secarse los ojos diciendo: "Quiero morir."

—Todos somos más o menos neurasténicos en esta época, no te extrañes, Mundo... demasiada tensión nerviosa en estos últimos días... ¡Quiero morir! se dice pronto eso. Yo también quisiera morir, miren qué gracia. El único que no quiere morir es Mundo. No quiere morir porque tiene una hermana casada con un franchute, sobrinos chicos, amigos en la Federal (Cuitiño, por ejemplo) y una esperanza. ¡Sobre todo una esperanza!, bastante terrenal por cierto, pero que Dulcinea se encargará de volver divina, no estamos en días de esperanzas terrenales... "*non habemus hic manentem civitatem*"³... Pero Dulcinea y yo no tenemos ninguna esperanza. Y sin embargo cuando di de golpe la vuelta carnero, se te pasó las ganas de morir, te vi la cara, Gracita, Garcita, Garzona, Garza Blanca... y estabas agarrada a mi respaldo como un pulpo. Se te pasó las ganas. ¡Ah! No es lo mismo decir "quiero morir" que morir. Yo sé un poco lo que es eso, que me vide un día a mil metros, con un avión saltada la hélice... ¡que me iba como un rayo contra un piedral! No sé cómo hice la maniobra de poner el timón a pique...

—¿Cómo fue aquello? —preguntó Edmundo.

—Otro día te viá contar, que ésta me lo ha oído ya mil veces... y estamos por llegar a San Juan la Nueva. Lo que te quería decir es que yo también soy un estropiao, mi regia hermana. Y yo también tengo mi corazoncito, aunque me la pase haciendo chistes y volteándole casas al Gobierno...

—¡Eso quisiera saber! —exclamó Mundo—. ¡Qué cosa! Brujería parece.. . ¿Cómo hace?

El extraño personaje se puso a reír.

—En cierto modo, es brujería. Toda la ciencia moderna es brujería. No es que Dios no la haya creado también, como a cualquier hijo de vecino, pero el saber del hombre, al no poner más su norte al conocimiento de Dios, se desvió grande, y entró en la órbita del Maligno... ¡la ciencia del Bien y del Mal!... ¡La ciencia para hacer mal! —sacando las licuadoras eléctricas—, según opino yo, contrariamente a lo que opina la difunta Curia, pobre Panchampla,

3. "No tenemos aquí abajo ciudad permanente" (Hebreos 13, 14).

es un admirador de la ciencia moderna y creo que no sabe ni sumar... eso sí, sumar sí... lo mismo que el Obispo de los Obreros... y Papávero... que no es Padre Papávero por más que él se lo crea... su ordenación es nula. ¡Vean a San Juan la Vieja! Ahora bajamos. Agarrarse.

La ciudad color perla, con casas como cubitos de colores claros y grandes arboledas, San Juan la Nueva, se había perdido en el horizonte y había aparecido abajo de la avioneta que volaba rasante, alta ciudad gris de aspecto rudo. Era la ciudad derruida por el terremoto de 1944, nunca reconstruida del todo, tres veces bombardeada por las tropas federales, abandonada por toda la gente rica, refugio de pobres, de criminales y de fugitivos, cuartel general de los católicos cordobeses sublevados contra el gobierno nacional y convertidos en guerrilleros fuera de la ley y salteadores sin esperanza alguna, pensó Mundo. Los cristeros. Los "cristóbales".

—Atención que bajamos —dijo el Cura, haciendo una amplia voluta y buscando los antiguos viñedos de los Graffigna.

—Quiero morir —dijo Dulcinea.

—De eso se ocupa el Gobierno, no te aflijas —dijo su hermano.

—Ustedes dos son dos niños... dos niños malcriados —dijo Mundo.

—Lo somos —dijo el Cura.

Se volvió, miró a la doncella y le sonrió tristemente:

—Morirás en tu cama, viejita y arrugada, sin hijos y en un convento. Te vi anoche en sueños con unas tocas marrones que yo nunca he visto. Te vi, hermanita.

—Eso nunca —protestó Mundo.

La tierra osciló y se levantó hacia ellos como una trampa de teatro y vieron que venían corriendo por todas partes a su encuentro, en la noche barnizada de una luna color limón, una cantidad de tipos vestidos de mamelucos azules y grises.

Gracia Vélez Zárate Namuncurá se enderezó como un junco, se puso la dentadura postiza y la cabellera rubia, soltó el abrigo y la pañoleta, y se envolvió en una inmensa capa de seda color celeste. Su rostro dejó de ser infantil y se paró enérgico, orgulloso, ceñudo y hermoso como un ángel: "Dulceamarga", como le decía Edmundo. Se puso un antifaz y bajó un capuchón sobre él. El primer soldadito que llegó a la avioneta dobló una rodilla al verla. Una cantidad de voces gritaron: "¡Viva Su Majestad Dulcinea! ¡Viva la Reina! ¡viva la Argentina honrada! ¡Viva Cuyo!"

*"Si probé del infierno en esta vida,
Debo probar del cielo anticipado
Para que sea Dios glorificado
En su justicia y equidad cumplida.
Si todo lo perdí y estoy perdida
~~Por amor de Jesús crucificado,~~
Y en lugar de normal decente estaaoo,
Hallé la muerte y el infierno en vida..."*

*Estos versos se cree que son compuestos por la
Dulcinea Argentina, pero el final del soneto no
concuera con lo que sabemos de la vida de esta
muchacha.*